

PUBLICADOS Y EN VENTA

EN LA

LIBRERIA "LA ILUSTRACION"

DE D. RAFAEL B. ORTEGA,

PRIMERA DE SANTO DOMINGO N.º 12.

PRIMERA SERIE, DE 12 TOMOS.

Manuel Acuña, Manuel M. Flores, Antonio Plaza, Ignacio M. Altamirano, Esther Tapia de Castellanos, Ignacio Rodríguez Galván, Juan de Dios Peza, Sor Juana Inés de la Cruz, Guillermo Prieto, Manuel Carpio, José Rosas Moreno, José Joaquín Fernández de Lizardi, (El Pensador Mexicano.)

SEGUNDA SERIE, DE 12 TOMOS.

En venta: Peon y Contreras, Ecos y Poesías.
Ignacio Ramirez, Poesías.
Luis Gonzaga Ortiz. "
Isabel Prieto de Landázuri. "
Agustin F. Cuenca. "
Francisco Sosa. "
Juan Valle. "
Dolores Guerrero. "
Fernando Calderón. "

EN PREPARACION: *Ignacio Montes de Oca y Obregón, Salvador Díaz Mirón, Juan Díaz Covarrubias.*

EL PARNASO MEXICANO

PUBLICACION ECONOMICA

MANUEL M. FLORES

POESIAS

LIBRERIA LA ILUSTRACION.
12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12

MEXICO

1885.

POZ 250

El Parnaso Mexicano.

MANUEL M. FLORES.



MANUEL M. FLORES.

PO7250

EL PARNASO MEXICANO.

MANUEL M. FLORES

SU RETRATO Y BIOGRAFIA

CON EL JUICIO CRITICO DE SUS OBRAS

Y

Poesias escogidas de varios autores

COLECCIONADAS

BAJO LA DIRECCION DEL SR.

Gral. D. Vicente Riva Palacio,

contando además con la bondadosa
colaboración de los Sres.

Ignacio M. Altamirano, Manuel Peredo, José M. Vigil,
Juan de D. Peza, Francisco Sosa
y otros de nuestros más eminentes literatos
de esta Capital y de los Estados.

LIBRERIA LA ILUSTRACION.
12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12

MEXICO 1° DE JUNIO DE 1885.
MEXICO

PO7250

MANUEL M. FLORES.

Nació en 1840, en el pintoresco valle de San Andrés Chalchicomula, (Estado de Puebla), á la falda occidental del Orizaba. Su padre D. José Vicente Flores, comerciante y agricultor bastante acomodado, era un tipo de honradez y de caballerosidad, y la madre de nuestro poeta, Doña Dionisia Martínez, fué siempre citada por la bondad y sencillez de su corazón, así como por su espíritu eminentemente religioso.

Terminada su instrucción primaria, Manuel Flores, en unión de su hermano Luis, vino á México (1855), al Colegio de Minería. Pero el estudio de las matemáticas era poco conforme con sus inclinaciones, y apenas estuvo allí año y medio. En seguida entró al

de San Juan de Letran, del que no tardó en separarse, pues después de dos años, un deseo ardiente de goce y de libertad se había apoderado de él. Tomó un modesto cuarto en el Hotel de París, y durante tres años vivió al capricho de su corazón y de su fantasía, ocupado únicamente de amores y versos. Entónces hizo su primer conocimiento, bastante íntimo por cierto, con la pobreza; entónces aprendió á sufrir, pero aprendió también á sentir y amar. Aquella época, es en la vida de Flores una de las más crueles, y sin embargo, una de las más hermosas y queridas para él, y puede resumirse en estas palabras: pobreza y amor, poesía y libertad. De entónces data una gran parte de sus *Pasionarias*, de esos bellísimos cantos que nadie ha podido igualar entre los que cultivan la poesía en México.

Tres años más tarde (1863), volvió, hijo pródigo, al hogar paterno en el risueño valle de su infancia.

La fortuna de su familia estaba en ruina, consumándose ésta con motivo de la intervención francesa, que obligó al Sr. Flores y á sus hijos á trasladarse á la Sierra del Norte, á Teziutlan, en donde nuestro poeta estuvo encargado de la Secretaría de la Jefatura po-

lítica y Comandancia militar del Distrito. Ocupada la plaza de Teziutlan (1864), por los austriacos, Manuel Flores y Luis su hermano, que estaban notados por sus ideas republicanas y su hostilidad al Imperio, fueron aprehendidos por orden del general conde de Thun, conducidos á Perote y encerrados en la fortaleza. De ella salieron á los cinco meses, para el destierro. Tocóle por suerte á Manuel Flores residir en la ciudad de Jalapa, en donde no pueden sentirse las amarguras del ostracismo; porque allí, bajo un cielo encantador, en medio de los paisajes más risueños, entre flores de aroma que embriaga, cerca de mujeres en quienes no sabe uno qué admirar más, si la belleza del rostro ó la del alma; en una sociedad franca y hospitalaria por excelencia, que brinda con horas que difícilmente podrán disfrutarse en otra parte, en Jalapa, que es un nido de amores, el poeta ardiente y apasionado tenía que olvidar las penas de la ausencia del hogar y aún la falta de recursos, al entregarse á las supremas delicias que desde los primeros albores de su juventud han formado el encanto de su vida: amar y ser amado. Quien haya leído las poesías de Flores, recordará que Jalapa ha merecido de él algunos de sus más sentidos

versos. El recuerdo de Jalapa jamás podrá borrarse de la memoria del poeta.

Consumada en 1867 la restauración de la República, terminó el destierro de Flores. Al volver al Distrito de San Andrés, Flores se encontró con una credencial de diputado á la Legislatura de Puebla. En aquellos momentos su padre moría repentinamente.

Abrumado por ese dolor inmenso é imprevisible, fué á Puebla á ocupar el puesto para que fuera electo y á tomar, por consiguiente, parte en la política, que siempre le ha disgustado. Durante ese período desempeñó tambien aunque por breve tiempo, la Secretaría de Fomento é Instrucción Pública del Gobierno del Estado de Puebla.

Al terminar sus tareas legislativas, vino al Congreso de la Union (1870), representando al Distrito de su nacimiento, y una vez en la capital de la República, querido, estimado por los literatos y poetas más distinguidos, tomó parte en la redacción de varios periódicos literarios y políticos.

Al cerrarse el Congreso, Flores regresó á Puebla, en donde el Gobierno del Estado le confió las cátedras de Literatura é Historia. A poco fué electo senador por uno de los Distritos de la Sierra; formó parte de la Junta

Directiva de la Academia de Educación y Bellas Artes, y la Sociedad de Profesores le nombró su presidente honorario.

Por segunda vez fué electo para representar un Distrito de Puebla en el Congreso de la Union (1876), cuando sobrevino el triunfo de la revolución iniciada en Tuxtepec. Desde entónces, Flores ha vivido en la pobreza y en el olvido, sin encontrar la justa remuneración de sus trabajos ni como escritor ni como profesor. Las pasiones políticas, que todo lo atropellan, que elevan á puestos distinguidos á verdaderas nulidades, miéntras que hunden en el olvido á personas que son la honra de su patria, han sido causa de que Manuel Flores en estos últimos años hubiese arrastrado una vida precaria; encontrándose en la actualidad gravemente enfermo de los ojos.

No hemos aún hablado del poeta sino ligeramente, y es tiempo ya de hacerlo.

Manuel Flores es uno de los pocos hombres á quienes sin contradicción han proclamado sus contemporáneos como una verdadera gloria patria. Sus amigos le quieren entrañablemente porque conocen toda la bondad de su corazón, toda la elevación de sus sentimientos, todo su mérito literario. Los

que sólo han leído sus poesías, le proclaman como el primero de los poetas eróticos mexicanos; propios y extraños reconocen su mérito y le colocan entre los más eminentes bardos del Nuevo Mundo.

Mucho nos extenderíamos si pretendiéramos reproducir siquiera algunos de los principales escritos en que se han señalado las incomparables bellezas de las poesías de Flores, y como esto no sería propio de este lugar, y nos apartaría del plan que hemos venido observando en esta galería biográfica, habrémos de limitarnos á insertar únicamente los párrafos publicados en España.

En el tomo XLV de la *Biblioteca Universal*, se lee lo siguiente:

“Manuel M. Flores es el poeta de ese amor que necesita para desarrollarse, el clima abrasador del verano de Nápoles, y tener bajo sus piés el suelo palpitante del Vesubio, y estar iluminado por el reflejo de una erupción de aquel sepultador de ciudades: las más veces le inspira lo que se ha llamado el demonio de Byron: como éste, estre-mécese aún con su ternura. Los cantos eróticos de Flores son la voz de la tormenta de la pasión. Su lira de hierro enrojecido sólo tiene acentos para la mujer, de la que

“hace una diosa mitológica, tan pronto rebosando virtudes, tan pronto miserias; pero grande y magnífica siempre, como Luzbel ántes y despues de su caída. Recorred sus irreprochables traducciones ó imitaciones de los mejores poetas, y vereis que siempre ha elejido los pasajes de más sublime ó demente pasión: del Dante, *Francesca*; de Horacio *Glicere*; de Shakespeare, *Ofelia* y *Julietta*; de Goethe, *Fausto*; de Heine y del cruel Lessing, los más sangrientos epigramas. Flores es en su género lo que en el suyo son sus dos compatriotas Justo Sierra y José Rosas; joyas de altísimo precio. Flores es un poeta de grande inspiración; su versificación, llena, conceptuosa y musical. Tiene el sólo defecto de descuidar mucho la prosodia: él mismo lo confiesa en las cuatro palabras que puso al frente de sus poesías.”

En la *Revista de Andalucía* publicó D. A. Fernandez Merino, un extensísimo juicio de las poesías de Manuel Flores, que concluye, despues de haber marcado las principales bellezas que encierran las *Pasionarias* y despues de tributarle elogios que pocos poetas habrán recibido, con las siguientes palabras:

“Creemos que es Manuel M. Flores uno de

“ aquellos poetas que jamás morirán; sus composiciones lo harán vivir al través de los siglos; y si hoy en la vieja Europa aún no se le rinde el tributo que merece, débese únicamente á que hasta hace muy poco tiempo el Gobierno Mexicano no tuvo el feliz acuerdo de enviar á nuestra patria á un jóven diplomático, del claro talento del Sr. Peza, que tan fuertes lazos ha echado entre las dos naciones, gracias al conocimiento que nos ha hecho adquirir de la sobresaliente literatura mexicana, como Hijar y Haro había probado ya el considerable adelánto que en las ciencias ha conseguido México.

“ Las sobresalientes bellezas de Flores corren parejas con su perfecta originalidad: ni en las literaturas clásicas, ni en las literaturas modernas, puede decirse que hay un determinado autor que sea un modelo. Nació poeta, es espontáneo y casizo; muchas veces su propio brío, le hace cometer incorrecciones, que bien se le pueden dispensar en gracia á la brillantez de sus imágenes y á la belleza de sus ideas. El vate mexicano no tiene el ímpetu arrebatado de nuestro Espronceda, no hay en él la por-

“ funda melancolía de Musset, ni la sarcástica amargura de Heine, que es de quien más dista, á pesar del poco concienzudo afán de algunos, que ligeramente asientan que es con quien más similitud tiene. No cabe pensar siquiera en un paralelo entre Heine y Flores; no puede creerse que el primero sea un modelo que el segundo se haya puesto; los términos son contrarios; hay entre ambos la diferencia que existe entre un día del caluroso Estío y un día de la plácida Primavera: en los dos el sol brilla y la naturaleza muestra esplendente sus galas; pero el primero todo lo abrasa, todo lo seca; el segundo hace que todo viva, que todo florezca. Las cuerdas de la lira del poeta mexicano, al ser heridas, producen sonidos que encantan; las del autor del *Intermezzo* responden á la pulsación con crugidos y se rompen.”

Tan acabados elogios nada de hiperbólico encierran, para quien ha tenido la fortuna de deleitarse con la lectura de las obras de nuestro poeta. En nuestros labios parecerían dictados por la pasión, por el deseo de enaltecer todo lo que á nuestra patria se refiere; en los de los extraños no pueden ser tachados, y complácenos por lo mismo reproducir esos conceptos.

Flores ha fundado y redactado en Puebla los periódicos *La Palabra Libre* y *El Libre Pensador*, y ha colaborado en las principales publicaciones mexicanas.

Es miembro de las corporaciones siguientes: Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, Conservatorio de Música y Declamación, Sociedad de Historia Natural, Liceo Hidalgo, Concordia, Netzahualcoyotl, Rodríguez Galvan, Artesanos de Puebla, Edén de Jalapa, Florencio M. del Castillo, de Monterey y de algunas otras.

Cerraremos estos brevísimos apuntamientos recomendando al lector que quiera enriquecer su biblioteca, la segunda edición aumentada del hermoso libro á que debe su celebridad, y que lleva por título: *Pasionarias*.

México, 1884.

FRANCISCO SOSA.

Este ilustre poeta, que tanta honra dió á su patria con sus inmortales cantos, falleció en México, el 20 de Mayo de 1885.

MANUEL M. FLORES.

EL ALMA EN PRIMAVERA.

¡Sol de la juventud, en sed de amores
Tu ardiente rayo el corazón inflame!
¡Primavera del alma, dame flores
Que al són del arpa por doquier derrame!

EL ANGEL DEL HOGAR.

(A ENRIQUE.)

Una madre me dió el cielo,
Y cuando pequeño fuí
Mi cuna no tuvo ángel. . . .
Estaba mi madre allí.

Y era tan dulce su acento,
Eran sus ojos tan bellos,
Tan blanda la cabecera
Que me daban sus cabellos;

Tan dichosa su sonrisa,
Tan profundo su embeleso,
Tan tiernamente inefable
Sobre mis ojos su beso;

Que yo ¡feliz! no sentía
Que dejaba al despertar,
A los ángeles del sueño
Por el ángel del hogar.

Y así pasaron, pasaron
De mi inocencia las horas,
Cual pasaría bajo el cielo
Una procesión de auroras.

Hasta que llegó el momento
De separarnos los dos,
Y al hijo la dulce madre
Puso al amparo de Dios.

Y quedó sólo mi madre,
Sóla y triste en el hogar,
Donde el eco de mi nombre
Se escuchaba sollozar.

Aquellos ojos queridos
Que en mis ojos se miraban,
Con lágrimas se dormían,
Con lágrimas despertaban.

Lágrimas que debería
Secar de rodillas yo,
Lágrimas, madre querida
Que yo no merezco, no.

Que ingrato en tanto buscaba
La dicha lejos de tí. . . .
Perdon, madre de mi vida. . . .
Tú sabes cómo volví.

Volví, sí. ¡Qué dulce llanto
El volverse á ver arranca!
Mas tu frente estaba pálida,
Tu cabeza estaba blanca! . . .

Que mi ausencia desdichada
Tu corazón lastimó,
Y el pesar de mis pesares
Tu cabello emblanqueció. . .

Juventud, locos placeres,
Ilusiones mundanales,
¿Valeis una sola gota
De los ojos maternos?

Santa madre, ídolo mío,
Mi culto, mi única fé,
¡Con qué dolor á tus plantas
Confuso me arrodillé! . . .

¡Cómo ¡perdon! te gritaba
Y sollozaba tu nombre!
Cómo mojaba tus canas
Con mis lágrimas de hombre!

¡Cómo las tuyas bañando
Mi rostro . . . y mi corazón,
Derramaban en mi vida
El bautismo del perdón!

En pago de mis errores,
En pago de mis agravios,
Bendiciones y consuelos
Sólo me dieron tus lábios! . . .

Y desde entónces, mi madre,
Tú lo sabes. . . un altar
Levanté dentro de mi alma
Para el ángel de mi hogar.

Y mi madre es mi cariño,
Mi fé, mi orgullo, mi amor;
Y porque la tengo, creo
En tu bendición, Señor!

* * *

Enrique, tú en la inocencia
No comprendes todavía
Lo que es esa Providencia
Que llamamos *madre mía*.

Y pues el cielo te ha dado
Una tan buena y tan bella,
Cuanto amor hay encerrado
En tu alma, dáselo á ella.

Ese ángel que en tus ensueños
Ves, que se inclina á besarte,

Es ella que de tus sueños
Las horas viene á robarte.

Que para amor como el suyo
Es una vida bien poca,
Y por cada beso tuyo
Otra te diera su boca.

Alma á su alma prendida
Eres, con lazo de flores,
Y la vida de su vida,
Y el amor de sus amores.

Amala, no por el cielo,
Amala, no por deber,
Sino porque ella es consuelo,
Y vida y santo placer.

Y en el alma, desde niño,
Levanta el místico altar
De un infinito cariño
Para el ángel del hogar.

ORFANDAD.

A Maria.

¡Cuánto es triste pensar en tu destino,
Pobre niña que vas por tu camino
Sin bienhechora luz,
Atrás dejando, en sus sepulcros yertos,
Yacer el polvo de tus padres muertos
Bajo la negra cruz!

Tú juegas, pobre niña, tu sonrisas;
Cual linda mariposa entre aletías
Por la existencia vas.
Aun no hieren tu planta los abrojos,
Aun no saben de lágrimas tus ojos,
Es tu alma toda paz.

En tus ojos purísimos aun tienes
Algo del cielo azul de donde vienes,
Paloma de candor.
Toda inocencia, hoy eres todavía
Hermana de los ángeles, María,
La hija del Señor.

Mas ¡ay pobre ángel! cuándo en el mundo infame
 En tu inocente corazón derrame
 Su veneno mortal;
 Cuando bañada en lágrimas, María,
 Exclames sollozando ¡Madre mía!
 Y madre no hallarás.

.....

¡Ay! una madre. . . . corazón que adora
 Sin cansarse jamás. Dolor que llora
 Nuestro mismo dolor;
 Alma á nuestra alma por el cielo unida,
 Entrañable pedazo de la vida,
 Unico santo amor!

Una madre es así. . . . y así la mía
 Y no la tienes tú, pobre María;
 No hay ángel en tu hogar....
 ¿Quién te la puede dar sobre la tierra?
 Cuanto tesoro el universo encierra
 No la puede comprar. . . .

.....

Dios, que al pájaro errante dá la espiga,
 Y cuida de la alondra, de la hormiga,
 Y de la flor de Abril;
 Dios el clemente, el bondadoso, el Padre,
 Es un inmenso corazón de madre
 Y el cielo te dará. . . . la tiene allí.

LA ULTIMA FLOR.

(A MANUELA.)

Ultima flor. . . . para tus hojas secas
 Tiene el recuerdo su secreto llanto,
 Quizá serán las lágrimas postreras
 Del corazón que padeciera tanto.

Ultima flor. . . . Naciste con el día,
 Abriste al cielo la gentil corola,
 Fuiste el amor del sol y de la brisa. . . .
 Hoy yaces triste, marchitada y sóla.

Tambien yo tuve el cielo de unos ojos,
 Los suspiros de una alma enamorada,
 Las caricias de un angel. . . mi tesoro . . .
 Los besos de su boca idolatrada.

Su mano resbalaba en mis cabellos,
 Reposaba en su seno mi cabeza;
 Y secando su llanto con mis besos,
 Se embriagaba mi amor en su belleza.

Escuchaba su voz, canto suave,
 Inefable murmullo desprendido
 De un corazón de fuego, palpitante
 Que me daba latido por latido.

Y la llamaba entre mis brazos mía,
 Y muriendo de amor, la acariciaba,
 Y muriendo de amor, dábame vida
 El beso que mis labios abrasaba. . . .

.....

.....

La dicha de la vida es una rosa
 Que se seca también y se marchita;
 Deshojóse la flor. . . . quedó el aroma. .
 Dulce memoria de mi amor bendita.

ROSARIO.

Cuando hizo Dios á la mujer primera
 Tan bella la encontró, que hacerle quiso
 Un presente de amor que digno fuera
 De su beldad, y dióle el Paraíso.

Era digno este dón de la hermosura,
 Del sol á los primeros resplandores
 Dios despertó del bosque en la espesura
 El mundo de las aves y las flores.

Allí tendió para la planta inquieta
 De Eva feliz vagando en la arboleda,
 El blando musgo, la gentil violeta
 Y el jacinto de pétalos de seda.

Y derramó en las brisas empapadas
 En la nube sutil de los aromas,
 El distante rumor de las cascadas
 Y el cercano arrullar de las palomas.

Y puso claras fuentes do pudiera
Eva mirar su espléndida hermosura,
Y tender su flotante cabellera
Cual manto de oro sobre la onda oscura.

Y dilató á sus ojos extasiados
El bosque umbroso, la campiña amena;
Y mas allá los montes escarpados,
Y la atmósfera azul, limpia y serena.

Luz, riqueza, esplendor, bienes sin nombre
Dióle el Señor á la mujer primera:
Despues de Dios ¿qué le quedaba al hombre
Que dar á su divina compañera?

Nada . . . y todo. La sangre generosa
Que ya en su altivo corazón ardía,
Aquella vida mística y hermosa
Que en los jardines del Edén nacía.

Y su alma, la inmortal, la chispa viva
Que enciende Dios en la terrena escória,
La siempre soñadora por cautiva
De eternos goces y de eterna gloria.

Eva al mirar la gran Naturaleza
Tan rica, tan fecunda y tan hermosa,
A Dios alzó la atónita cabeza
Y le sonrió bellísima y dichosa.

Pero al mirar al hombre, estremecida,
Presintiendo de amor los dulces lazos,
Suspiró ruborosa y conmovida
Y al blanco seno se cruzó los brazos.

Y dicha y vida y alma, y el portento
Del Paraíso ante su esposa bella,
Todo el hombre lo dió por el tormento
De amarla mucho y de llorar con ella.

Así nació el amor. Dios no lo quiso:
Oyó el hombre su voz aterradora
Y traspuso el dintel del Paraíso
En pos de la primera pecadora.

Así nació el amor, á la hora impía
En que Dios indignado castigaba,
En que Sa'án gozoso sonreía,
Callaba el hombre y la mujer lloraba.

Por eso amor en el Edén nacido
En una hora fatal de encanto y duelo,
Es siempre un ángel al nacer herido
Por la celosa cólera del cielo.

Por eso cual reptíl la desconfianza
Se abriga en pechos del amor ya presos,
Y tiembla dentro el alma la esperanza
Y se mojan con lágrimas los besos.

.....

Amor nacido en el lindero triste
 Que separa el Edén del mundo yerto,
 ¿Te acuerdas de las dichas que perdiste?
 ¿Aun respiras las flores de tu huerto?

¿Te acuerdas cuál gimió bajo las palmas
 De aquel beso primer el eco tierno?
 ¿Presientes la ventura de las almas
 En las caricias de un amor eterno?

Quién sabe, pobre amor; alma y materia
 Tú, como el hombre, del Edén proscrito
 Envuelto en idealismo y en miseria
 Reclamas como patria lo infinito.

Yo sólo sé que hay goce en tus pesares
 Y que en todos tus goces hay tormento;
 Que deidad implacable, en tus altares
 Humea del hombre el corazón sangriento.

Sólo sé que por tí, ya inobediente
 Se puso el hombre con su Dios en guerra,
 Y que amargó, proscrito y delincuente,
 Con su primera lágrima la tierra.

Mas sé también que si de mi delante
 Dios pusiera otro Edén y me lo diera,
 Sin ver... sin vacilar un sólo instante
 Por la mujer que adoro lo perdiera!

ASUNCION.

¿Te acuerdas de su adiós? Hay un instante
 En la revuelta historia de la vida
 Que el alma que adoró jamás olvida,
 Y es el instante del postrer adiós.
 Las manos que se estrechan, que se aprietan
 Convulsas con presión desesperada,
 Las lágrimas que empañan la mirada,
 Los sollozos que tiemblan en la voz;

La palidez que los semblantes cubre,
 El íntimo dolor de los abrazos
 Todo quiere decir que hecho pedazos
 Y agonizando el corazón está.
 Todo quiere decir que nuestra vida,
 La vida toda de nuestra alma entera
 Está en otra alma, dulce compañera
 Que siempre unida á nuestra suerte vá.

Este mundo es tan triste; esta jornada
 De la cuna al sepulcro es tan sombría

Que una alma siempre sólo no podría
Soportar la fatiga del vivir.
Así lo quiere Dios. Penas y goces
Debemos compartir á los que amamos,
Para dicha mayor cuando gozamos,
Para mejor consuelo en el sufrir.

Una alma que está sólo, que no tiene
Ni una pálida luz entre su sombra,
Que á nadie espera, que á ninguno nombra,
Que no tiene ¡infeliz! por quien llorar;
Que ante un recuerdo, para siempre amado,
Temblando de emoción no se despierta,
¿No es verdad que es una alma que está muerta
Pues la vida del alma es sólo amar?

Feliz quien ama, aunque el dolor impío
Su triste sombra al corazón arroje,
Y tempestuosa la pasión deshoje
La pasajera flor de la ilusión.
Feliz quien ama, sí; felices ojos
Los que saben llorar por el ausente;
Feliz el alma que sufriendo siente
Que otra alma la acompaña en su aflicción.

La dicha es nada mas el sueño de oro
Del infortunio en la mezquina tierra;
Pero cuanta es posible no la encierra
Mas que el amor, que goza en padecer.

Feliz, bella Asunción, quien mucho ama
Y llena con su amor una existencia;
Feliz quien logra tras amarga ausencia
La inmensa dicha de volverse á ver.

MI PADRE MUERTO.

(A MI HERMANO LUIS.)

. . . . Disperato dolor che'l cuor mi preme!

Dante.

Gracias, gracias, Señor. . . Me has dado llanto
Y he llorado por fin gracias, Dios mio!
Un pobre corazón que sufre tanto,
Un pobre corazón que está vacío
De esperanza y de fé, necesitaba
Para no reventar en mil pedazos
Reventar en el llanto que le ahogaba! . . .

¡Gracias aún otra vez porque tu oído
Abriste ¡oh Dios! á mi aflicción! . . Y has hecho
Que al romper los sollozos de mi pecho